

Los muertos de Nueva York, los muertos de Afganistán y los muertos de la guerra de Troya

Francisco Pereña

(Fragmento del libro "El hombre sin argumento", Síntesis, Madrid 2002)

El periódico trae la noticia del definitivo recuento de los muertos en el atentado del 11 de septiembre a las Torres Gemelas. La misma noticia resalta que no se conoce el número de muertos en la guerra de Afganistán. Los muertos de Nueva York nunca fueron mostrados, pero sí contados. Los de Afganistán, por el contrario, eran mostrados, pero no contados. ¿Qué extraña lógica guía esta inversión proporcional? A unos se les guarda fuera de la percepción, a los otros se les arroja a la percepción, a la indiferencia impúdica de la mirada. Para los griegos, el pudor era un nombre de la mirada. Hécuba muestra a su hijo Héctor sus pechos ajados y desnudos para que su hijo no pierda el pudor de la mirada. Los muertos de Afganistán son el retorno sobre el frío desierto de los muertos denegados de Nueva York.

Que se trata de la denegación se ve incluso en el consejo raudo que dan los psicólogos a los familiares de las víctimas neoyorkinas: que todos expresen sus sentimientos, que los escriban y los hablen apresuradamente. De esa manera se anula el tiempo del duelo, el tiempo de la elaboración, el tiempo que atestigua una muerte. Con ese apresuramiento y simulación de los cadáveres se los intenta expulsar. De ahí que quepa decir que esos muertos ocultados a la mirada, denegados, reaparecen en los muertos anónimos de Afganistán. Porque los muertos tienen esa característica: tener un espacio común, ese espacio común hace de la guerra una ilusión, un

fracaso de la idea hegeliana de la guerra como relanzamiento del Espíritu. Tanto la prisa que piden los psicólogos neoyorkinos para expulsar el dolor como el recuento in absentia de los muertos, tanto una cosa como otra, están al servicio de la guerra.



El tiempo del duelo es un tiempo subjetivo que no tiene una medida exterior común. Si se aborta ese tiempo subjetivo no queda más que una colectivización vengativa y la urgencia de un Enemigo. Cuando los pueblos se apresuran a cerrar las heridas del trauma, eso les lleva a pasos al acto colectivos violentos y maniqueos. No mezclar a los muertos

es la pretensión maniquea de quien pretende mantener la ilusión de la guerra. Por eso el jefe "político" de los neoyorkinos levanta enseguida el estandarte del "eje del mal". Según esa pretensión maniquea la espada nunca volverá su filo sobre quien la empuña. Unos son los salvados y victoriosos, otros son los vencidos y descontados.

El Canto IV de la Ilíada, después de que Pándaro disparara su traidora flecha contra Menelao y eso diera lugar a que el combate se reanudara, concluye con una mostración sobrecogedora, extraordinariamente perceptiva, sensorial, de la sangre que brota de las heridas de los combatientes, los huesos y tendones triturados, los intestinos desparramados, la masa de polvo y sangre cubriendo los cadáveres de uno y otro bando. Aquí quien mata es matado, quien destruye es destruido:

Así quedaron ambos tendidos en el polvo uno al lado del otro, éste de los tracios, aquél de los aqueos, de bronceínas tónicas, príncipes, y muchos otros fueron matándose a su alrededor... pues aquel día muchos troyanos y aqueos quedaron de bruces tendidos en el polvo, unos al lado de otros (535-540).

Numerosos troyanos y aqueos quedaron aquel día tendidos en el polvo unos al lado de otros. Estos muertos mezclados, este espacio común de los muertos, es la verdad de la guerra:

“En cuanto se juntaron y concurrieron en un mismo lugar entrechocaron pieles de escudos, lanzas y furias de guerreros, de bronceínas corazas. Entonces los abollonados broqueles se alzaron unos a otros y se suscitó un enorme estruendo. Allí se confundían quejidos y vítores de triunfo de matadores y de moribundos, y la sangre fluía en el suelo (Canto VIII, 62-65)”.

El gemido y el grito de victoria unidos, mezclados la discordia y el tumulto a la luz. Homero no narra la victoria que requiere que la violencia y la muerte sean denegadas. Homero narra la discordia y el disturbio, la solidaridad de los perturbados por el estrépito de las lanzas, el hedor de los intestinos rotos, el sufrimiento atroz y temible de la guerra, a la que si bien puede considerar inevitable, nunca será justificable. Para los griegos, la Discordia está en el origen. Si la Discordia está en el origen no es el Paraíso, no cabe entonces el maniqueísmo, el cual requiere un paraíso perdido y un enemigo erigido. La violencia termina venciendo a la piedad, y el hombre temible es, sin embargo, esa víctima del maniqueísmo que se ve empujada al terror antes que sufrir la indiferencia.

El maniqueísmo del Terror exige apartar la mirada, crear una zona de sombras, quitada de la vista. Ésa es la denegación fantasmática. Para los griegos el saber guarda una estrecha relación con la mirada, con la contemplación. Entre nosotros, hijos de las sombras del *Deus absconditus*, el saber está orientado al actuar. Episteme ya no guarda relación con *aidós*. El escenario del fantasma es una escena del poder. Si para Sócrates el saber se separa del poder, y así adquiere la lumi-

nosidad en la que saber y contemplación se juntan para nosotros, el saber ha vuelto a los terrenos oscuros y ctónicos de la Fuerza.

No podía soportar la oscuridad. Aunque sólo fuera un hilo de luz a través del postigo, eso ya era suficiente para poder cerrar los ojos. Así habla una mujer de sus terrores infantiles. Cerrar los ojos era abandonar el mundo, ser abandonada por el mundo. Un poco de luz, más luz, pedía Goethe para ahuyentar la sombría “gnosis” del temor que se acobarda ante la angustia. Si los griegos son aún necesarios es para despertar-nos de la ilusión del poder. El héroe nietzscheano es aquel que hace la tarea del vivir “sin sentirse en competición con los otros y ante los otros” (cf. *Humano, demasiado humano*). Para ello ha de recorrer el velo que cierra la escena fantasmática sobre el cuadrilátero de los cuerpos tumefactos y anestesiados por el miedo. Ese miedo tan temido hace temible a los hombres. La necesidad de argumentar sus vidas con el eje maniqueo impide ver a los otros, contemplados vivir.

La denegación, como efecto del fracaso de la “identidad de percepción”, requerida entonces para la “identidad de pensamiento”, se convierte en ceguera torpe, asustada o cruel. Cuando queda sólo al servicio de esa identidad. En este caso, la denegación cambia de estatuto: de ir a la par de la represión originaria, del fracaso de la “identidad de percepción”, pasa a ser el soporte de una identidad construida por el fantasma del poder y la consistencia del Otro. En ese viraje la denegación obstaculiza y se opone al trabajo del inconsciente. Contemplar el mundo, pasear por las calles, abrir los ojos, respirar, favorece el trabajo del inconsciente. La elaboración no desconoce el tumulto, pero no se confunde con él.

Una joven dice: “Prefiero mirarme en él mejor que en un espejo”. Es cierto que, bulímica en otro tiempo, su cuerpo en el espejo es aún un pegamiento temible por mortífero, “como dos imágenes picassianas pegadas”. Pero podrá contemplar su cuerpo vivo, podrá verlo mejor, conseguirá investirlo libidinalmente si se mira en ese hombre que acaba de enseñarle las primeras huellas de la caricia.